

a los dos
años
del
crimen
de
dallas



UN KENNEDY REPUBLICANO

lindsay ha conquistado nueva york como prelude a su lucha por la presidencia

Por EDUARDO HARO TEGGLEN

HAN pasado dos años del asesinato de Kennedy en Dallas y ya los Estados Unidos han producido lo que fácilmente se llama «un segundo Kennedy». John V. Lindsay, nuevo alcalde de Nueva York, tiene la misma cabellera dinámica de mechón ágil y movedido que acentúa una mirada clara, franca y juvenil, el mismo pasado de oficial de Marina durante la guerra. Es rico —hijo de banquero—, intelectual —educado en Yale—; es sonriente, elegante, apuesto —un metro y noventa y un centímetros, 82 kilos de peso—; los jóvenes se encuentran a gusto con él porque es inconformista; las mujeres le contemplan a gusto en la televisión porque es atractivo. Dos etiquetas le separan de Kennedy. Es protestante y republicano, y el Presidente asesinado era católico y demócrata. Sin embargo, muchas veces Lindsay y Kennedy han votado en el mismo sentido. Lindsay luchó contra el fascismo clandestino de McCarthy, en favor de las leyes de derechos civiles para los negros. Lindsay defendió en la Cámara de Representantes el tratado de prohibición de ensayos nucleares —el **SIGUE**



A los dos años del asesinato de John F. Kennedy, en Dallas, un «nuevo Kennedy» parece haber surgido en la arena política norteamericana: el recién proclamado alcalde de Nueva York, John V. Lindsay, del partido republicano U. S. A.

UN KENNEDY REPUBLICANO

John V. Lindsay es un hombre optimista, dinámico, liberal. Aquí aparece rodeado de toda su familia después del triunfo obtenido como candidato al puesto de alcalde de Nueva York. Todos los pronósticos lo señalan como futuro candidato republicano a la Presidencia de los Estados Unidos.



Tratado de Moscú—, y el envío de trigo a la Unión Soviética, los programas de seguridad social para ayuda a los ancianos y a los enfermos.

el joven rebelde

Una diferencia considerable le separaba de Kennedy en cada uno de estos actos. Mientras John F. Kennedy actuaba en defensa de la línea principal de su partido demócrata, John V. Lindsay se manifestaba en contra de los principios del suyo, el republicano. Era un rebelde. Presidente del Club de Jóvenes Republicanos —1952—, desde él atacaba lo que le parecía tópicos de los mayores, de los viejos del partido. No vacilaba, en contra de todas las tradiciones y de todas las arraigadas costumbres de su partido, en hacer públicos esos ataques. Cuando un viejo diputado republicano de extrema derecha atacó en la Cámara al Tribunal Supremo de los Estados Unidos, Lindsay se levantó para rechazar con gran violencia dialéctica el ataque de su correligionario. Con todo ello se fabricó la brillante figura de un rebelde y se hubiese quedado eternamente con ella de no haber ocurrido ciertos hechos históricos en los Estados Unidos.

la coyuntura de dallas

Todo empezó a partir de un suceso que cambió enteramente el mapa político de los Estados Unidos —y modificó muy seriamente el del mundo— como fue el asesinato de John F. Kennedy en la ciudad de Dallas. El crimen hizo brotar dos personalidades que estaban destinadas a mantenerse en la oscuridad: Johnson y Goldwater. Johnson hubiese continuado siendo un vicepresidente escasamente decorativo, relegado a las habitaciones traseras de la Casa Blanca, encargado de cuando en cuando de un viaje sin importancia al extranjero, de algún discurso de circunstancias en un acto político. Goldwater no hubiera desplegado su feroz actividad electoral en 1964 de haberse tenido que enfrentar con Kennedy: se hubiese mantenido en reserva para más tarde. Pero el suceso de Dallas hizo aparecer un Johnson titubeante, apoyado en una herencia liberal que todos creían que no sabría administrar, débil en política exterior; y Goldwater pensó que era el momento de lanzar contra él un ariete conservador «ultra», de ofrecer a los ciudadanos de los Estados Unidos la seguridad de una política de fuerza sin límites en un momento en que en el país había una crisis de confianza. Sabemos lo que ocurrió. El país votó por una mayoría aplastante contra Goldwater, cuya política se derrumbó. Arrastró con ella no solamente al ala derecha de su partido, sino también a los moderados, a los intelectuales, a los sensatos republicanos que fueron por él arrollados en la campaña electoral. Al día siguiente de las elecciones, el «Grand Old Party», el viejo y gran partido republicano, estaba destrozado. Para que todo fuese aún más amargo, Johnson se dedicó a «robar» la política de la derecha republicana desde el mismo día de su instalación electoral en el poder: a utilizar la fuerza, a mostrarse duro e intransigente. El partido republicano se quedó así sin armas dialécticas que ejercer desde la oposición...

Es precisamente en estos momentos de crisis cuando los rebeldes y los inconformistas tienen su gran ocasión. Si el partido republicano se hundió, como consecuencia de su fijación en los temas de la derecha, debe buscar

su rescate apoyándose en el ala izquierda; si el Presidente Johnson realiza una política conservadora, los republicanos deben combatirla mediante una política liberal. De toda esta conjunción de circunstancias que tienen por origen el magnicidio, cuyo segundo aniversario se conmemora en estos momentos, surge John V. Lindsay.

milagro en nueva york

Toda gran carrera política tiene en apariencia algo de misterioso, de milagroso, que en el fondo obedece a leyes concretas. La biografía política de Lindsay aparece tocada por este milagro. Probablemente el hecho más asombroso de ella ha sido la conquista, hace unos días, de la alcaldía de Nueva York. Nueva York es una ciudad demócrata. En lo que va de siglo sólo un republicano había conseguido conquistar el fabuloso feudo de sus enemigos: Fiorello La Guardia. Pero La Guardia tenía a su favor varias ventajas: su origen italiano en una ciudad de mayoría latina —incluyendo entre los latinos a los portorriqueños—, su religión católica en un distrito con un 42 por ciento de católicos... Lindsay, en cambio, es el prototipo del enemigo en Nueva York. Es lo que allí se llama un «waspo»: la «W» es la inicial de «white», blanco; «AS» son las siglas de anglo-sajón; «P» significa «protestante». No se puede, políticamente, ser nada peor en una ciudad cuyo «cocktail» racial está compuesto por un 15 por ciento de negros, un 8 por ciento de portorriqueños, un 23 por ciento de judíos y un 42 por ciento de católicos. Es republicano en una ciudad donde la proporción de votos a favor de los demócratas es generalmente de tres a uno. Normalmente el candidato demócrata obtiene en Nueva York unos 800.000 votos más que el candidato republicano. El hecho de que Lindsay haya triunfado por 130.000 votos de diferencia quiere decir que ha conseguido cambiar la mentalidad de casi un millón de neoyorquinos en una campaña que, medida en cifras al gusto americano, le ha hecho recorrer durante seis meses 750 kilómetros a pie y 18.000 kilómetros en automóvil. Lindsay ha derrotado no solamente al candidato demócrata Abraham Beame —que tenía a su favor el apoyo del Presidente Johnson, del vicepresidente Humphrey y del senador Robert Kennedy; que conoce perfectamente la ciudad de Nueva York, de la que es director del presupuesto desde hace más de veinte años; que contaba con la simpatía de los dos millones de judíos de los que es correligionario—, sino también a otro candidato republicano, William Buckley, colocado en las elecciones sin esperanzas de ganar sino simplemente para quitar votos a Lindsay en nombre del ala derecha del partido republicano a la que pertenece —Buckley es un católico que calificaba a Juan XXIII de «comunista extranjero»—, que trataba de evitar el restallante triunfo del «joven rebelde»...

municipio, política

Señalo insistentemente todas estas condiciones previamente adversas a John V. Lindsay para que se advierta mejor la importancia de su triunfo y dos consecuencias importantes: una es la fuerza de las circunstancias históricas, antes señalada, que impulsan velozmente a Lindsay hacia arriba, y otra es la persistencia de un pensamiento liberal en Estados Unidos —o al menos, en zonas tan especialmente significativas como lo es Nue-

va York— incluso frente a los aparentes éxitos de Johnson en numerosos frentes diplomáticos y sus indiscutibles triunfos en la política interior, que han hecho considerar la última sesión del Congreso de los Estados Unidos como la más fructífera de su historia. No es posible desdeñar en este panorama la importancia puramente municipal de las elecciones, es decir, la inquietud del ciudadano de Nueva York ante los fantasmas que dominan su ciudad, que recientemente inventariaba así un artículo de François Dupuis en «L'Express»: «Polución de la atmósfera, policía venal, funcionarios corrompidos, sindicato del crimen en plena expansión, falta de agua potable, fracaso de la famosa Feria de Nueva York, embotellamiento diario de seis millones de vehículos que cuestan a la ciudad más de cinco mil millones de francos al año... El problema más importante es el de la miseria... El crimen no respeta ninguna frontera. Todos los barrios, incluso los más ricos, están amenazados. Por la noche centenares de policías tienen que patrullar permanentemente en el Metro. Numerosas empresas insisten para que sus empleadas regresen a su casa en taxi, a cargo de la empresa: proporcionalmente, hay en Nueva York ocho veces más violaciones que en París...». Ciertamente, ante este cuadro sombrío el ciudadano de Nueva York requeriría un cambio violento de administración. Hay ciertamente una profunda motivación municipal en la elección de Lindsay. Pero los rasgos fundamentalmente políticos de éste, su contextura política tiene que hacer resaltar que los ciudadanos de Nueva York han buscado algo distinto de lo que les ofrece el partido en el poder o de lo que presentaba hasta ahora el partido republicano. Puede ser que Lindsay haya sido elegido, como dice un editorial del «New York Times», «no por ser republicano, sino a pesar de ser republicano». De esta talla están hechos, finalmente, los Presidentes de la nación. Puede ocurrir que un día los Estados Unidos, en un momento de crisis de valores nacionales —como lo están los ciudadanos de Nueva York en un momento de crisis de valores municipales—, se vuelvan hacia John V. Lindsay, independientemente de lo que represente su partido en ese momento... Y su partido, en ese momento, podrá haberse agrupado en torno a Lindsay para representar lo mismo que él.

vista al futuro

Para que eso ocurra han de transcurrir siete años. Las próximas elecciones presidenciales serán las de 1968 y por ahora, calculando en lo posible el futuro de estos tres próximos años, se prevé el triunfo de Johnson. Solamente si en este tiempo ocurrieran catástrofes graves en los Estados Unidos podría Johnson ser separado del poder; las que amenazan al país no pueden profetizarse probablemente para un plazo tan corto. El hecho simple de que las cosas fuesen mal no sería suficiente: las claves del poder son tan poderosas en los Estados Unidos como en cualquier otra nación, y quizá más, para dominar unas elecciones. Pero en 1972 Johnson desaparecerá definitivamente de la vida política, puesto que la Constitución le impide presentarse una tercera vez a las elecciones. Será entonces el momento de la gran batalla. Lindsay tendrá entonces 52 años; una edad ideal para no seguir siendo considerado como «demasiado joven» por las generaciones conservadoras, ni «demasiado viejo» por los jóvenes rebeldes. El partido republicano habrá podido irle preparando de aquí a entonces la plataforma, creando su personalidad de presidente —«the making of a president»— a través incluso de la campaña electoral de 1968. Un punto delicado en la carrera de este hombre que no ha perdido todavía ninguna elección será precisamente el de cómo desarrolle la política municipal: si triunfa en la jungla de Nueva York habrá avanzado más de la mitad de su camino, pero si fracasa no podrá ser tenido en cuenta... Al mismo tiempo, habrá tenido también que despojarse de esta personalidad de «segundo Kennedy» o de «Kennedy republicano» que le ha sido ahora tan favorable; en primer lugar, porque dentro de siete años la nostalgia de Kennedy no será tan fuerte como en estos momentos. Y en segundo e importante lugar porque lo más probable —a juzgar por los datos de ahora, y sin tener en cuenta los imprevistos que vayan surgiendo— es que tendrá que enfrentarse con un auténtico Kennedy: Robert Kennedy, hoy senador de Nueva York, hermano del presidente asesinado, que no pierde un solo instante en preparar su carrera con todas las poderosas fuerzas a su alcance. Por ejemplo, en estos momentos prepara un viaje a África del Sur para hablar ante una organización estudiantil de lucha antirracista. Ciertamente esto corresponde a sus ideas, pero también le puede hacer ganar los millones de votos de los negros...

la esperanza de los rebeldes

Es curioso que las dos personalidades más vigorosas para el futuro de los Estados Unidos estén constituidas precisamente por rebeldes a su partido. Si John V. Lindsay representa el inconformismo dentro de la gran agrupación republicana, Robert Kennedy es el rebelde del partido demócrata, el hombre que combate sin cesar a Johnson y que desde dentro de las filas gobernantes se opone a la política del poder.

Esto puede hacer pensar que no todo está perdido en los Estados Unidos.

E. H. T.
(Fotos CIFRA)

a los dos años del crimen de dallas

NUEVAS REVELACIONES DE THOMAS G. BUCHANAN SOBRE EL ASESINATO DE KENNEDY

En un famoso libro —desarrollo de los tres amplios reportajes que publicó TRIUNFO (marzo, 1964)—, el gran experto en cuestiones norteamericanas sostuvo la tesis de que el asesinato del Presidente Kennedy no había sido ejecutado por Lee Harvey Oswald. Este punto de vista fue mantenido con amplitud de datos y lucidez profunda de interpretación. El libro produjo sensación en el mundo y provocó una apasionada polémica.

Ahora, Thomas G. Buchanan nos escribe para comunicarnos:

«Un acontecimiento extraordinario viene a arrojar nueva luz sobre la investigación del asesinato del Presidente Kennedy. A través de él, es posible probar que algunos de los disparos hechos en Dallas el 22 de noviembre de 1963 partieron de detrás de una pared situada entre el puente del ferrocarril y el coche en el que iba el Presidente. Lo asombroso de esta evidencia se funda en fotografías con las que estamos familiarizados. Junto con el testimonio que ofrecen los veintiséis volúmenes del informe de la Comisión Warren, la confirmación fotográfica resulta, en mi opinión, definitiva».



PROXIMAMENTE EN

triunfo

NUEVAS REVELACIONES SOBRE EL CRIMEN DE DALLAS